

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

Del 8 al 29 de septiembre de 2019

MD 2019 / 12

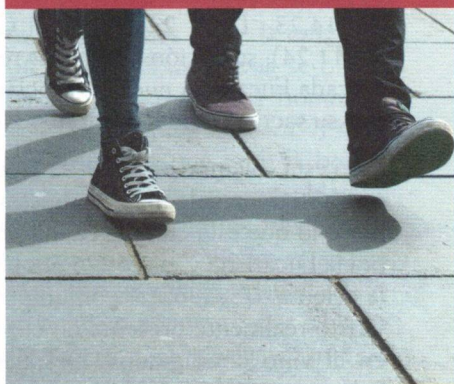
SINODALIDAD Y LITURGIA

Últimamente se habla mucho de *sinodalidad*. Este concepto no aparece en el Concilio Vaticano II, sino que se fue desarrollando después, a pesar de que está totalmente en sintonía con el Concilio. El papa Francisco le ha dado un renovado impulso, en diversos documentos y discursos, hasta el punto de afirmar que la sinodalidad es una dimensión constitutiva de la Iglesia. En su reciente exhortación apostólica «Cristo vive», fruto del Sínodo sobre los jóvenes, dice: «La pastoral juvenil solo puede ser sinodal, es decir, conformando un *caminar juntos* que implica una valorización de los carismas que el Espíritu concede según la vocación y el rol de cada uno, mediante un dinamismo de corresponsabilidad. Animados por este espíritu, podremos encaminarnos hacia una Iglesia *participativa y corresponsable*, capaz de dar valor a la riqueza de la variedad que la compone, que acoja con gratitud la *aportación de los fieles laicos*, incluyendo a jóvenes y mujeres, la contribución de la vida consagrada masculina y femenina, la de los grupos, asociaciones y movimientos. No hay que excluir a nadie ni dejar que nadie se autoexcluya» (núm. 206).

El inicio de curso es una buena ocasión para revisar si nuestra acción pastoral va en esta línea (ver Hechos 2,42-47). Y recordemos que la celebración litúrgica, especialmente la Eucaristía dominical, es el momento de máxima expresión de esta Iglesia en *comunidad* que camina sinodalmente.

El inicio de curso es una buena ocasión para revisar si nuestra acción pastoral va en esta línea (ver Hechos 2,42-47). Y recordemos que la celebración litúrgica, especialmente la Eucaristía dominical, es el momento de máxima expresión de esta Iglesia en *comunidad* que camina sinodalmente.

D. 23 del tiempo ordinario / C
D. 24 del tiempo ordinario / C
D. 25 del tiempo ordinario / C
D. 26 del tiempo ordinario / C



XAVIER AYMERICH

LA PLEGARIA EUCARÍSTICA

Continuamos las catequesis sobre la santa misa y con esta catequesis nos detenemos en la *Plegaria eucarística*. Concluido el rito de la presentación del pan y del vino, empieza la *Plegaria eucarística*, que cualifica la celebración de la misa y constituye el momento central, encaminado a la santa Comunión. Corresponde a lo que Jesús mismo hizo, en la mesa con los apóstoles en el Última Cena, cuando «dio gracias» sobre el pan y después el cáliz de vino (cf. *Mateo* 26,27; *Marcos* 14,23; *Lucas* 22,17-19; *1 Corintios* 11,24): su acción de gracias revive en cada Eucaristía nuestra, asociándose a su sacrificio de salvación.

Y en esta solemne oración –la *Plegaria eucarística* es solemne– la Iglesia expresa lo que esta cumple cuando celebra la Eucaristía y el motivo por el que la celebra, o sea, hacer comunión con Cristo realmente presente en el pan y en el vino consagrados. Después de haber invitado al pueblo a levantar los corazones al Señor y darle gracias, el sacerdote pronuncia la *Plegaria* en voz alta, en nombre de todos los presentes, dirigiéndose al Padre por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo. «El sentido de esta oración es que toda la asamblea de los fieles se una con Cristo en la confesión de las maravillas de Dios y en la ofrenda del sacrificio» (*Ordenación General del Misal Romano*, 78). Y para unirse debe entender. Por esto, la Iglesia ha querido celebrar la misa en la lengua que la gente entiende, para que cada uno pueda unirse a

esta alabanza y a esta gran oración con el sacerdote. En verdad, «el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1367).

En el Misal hay varias fórmulas de *Plegaria eucarística*, todas constituidas por elementos característicos, que quisiera ahora recordar (cf. *Ordenación General del Misal Romano*, 79; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1352-1354). Todas son bellísimas. En primer lugar está el Prefacio, que es una acción de gracias por los dones de Dios, en particular por el envío de su Hijo como Salvador. El Prefacio se concluye con la aclamación del «Santo», normalmente cantada. Es bonito cantar el «Santo»: «Santo, Santo, Santo el Señor». Es bonito cantarlo. Toda la asamblea une la propia voz a la de los ángeles y los santos para alabar y glorificar a Dios.

Después está la invocación del Espíritu para que con su poder consagre el pan y el vino. Invocamos al Espíritu para que venga y en el pan y el vino esté Jesús. La acción del Espíritu Santo y la eficacia de las mismas palabras de Cristo pronunciadas por el sacerdote, hacen realmente presente, bajo las especies del pan y del vino, su Cuerpo y su Sangre, su sacrificio ofrecido en la cruz de una vez para todas (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1375). Jesús en esto ha sido clarísimo. Hemos escuchado cómo san Pablo al principio cuenta las palabras de Jesús: «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre». «Esta es mi sangre, este es mi cuerpo». Es Jesús



mismo quien dijo esto. Nosotros no tenemos que tener pensamientos extraños: «Pero, cómo una cosa que...». Es el cuerpo de Jesús; ¡es así! La fe: nos ayuda la fe; con un acto de fe creemos que es el cuerpo y la sangre de Jesús. Es el «misterio de la fe», como nosotros decimos después de la consagración. El sacerdote dice: «Misterio de la fe» y nosotros respondemos con una aclamación. Celebrando el memorial de la muerte y resurrección del Señor, en la espera de su regreso glorioso, la Iglesia ofrece al Padre el sacrificio que reconcilia cielo y tierra: ofrece el sacrificio pascual de Cristo ofreciéndose con Él y pidiendo, en virtud del Espíritu Santo, de convertirse «en Cristo, un solo cuerpo y un solo espíritu» (*Plegaria Eucarística III*; cf. *Sacrosanctum Concilium*, 48; *Ordenación General del Misal Romano*, 79f). La Iglesia quiere unirse a Cristo y convertirse con el Señor en un solo cuerpo y un solo espíritu. Y esta es la gracia y el fruto de la Comunión sacramental: nos nutrimos del Cuerpo de Cristo para convertirnos, nosotros que lo comemos, en su Cuerpo viviente hoy en el mundo.

Misterio de comunión es esto, la Iglesia se une a la ofrenda de Cristo y a

su intercesión y en esta luz, «en las catacumbas, la Iglesia es con frecuencia representada como una mujer en oración, los brazos extendidos en actitud de orante [...] como Cristo que extendió los brazos sobre la cruz, por él, con él y en él, la Iglesia se ofrece e intercede por todos los hombres» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1368). La Iglesia que ora, que reza. Es bonito pensar que la Iglesia ora, reza. Hay un pasaje en el Libro de los Hechos de los Apóstoles; cuando Pedro estaba en la cárcel, la comunidad cristiana dice: «Rezaba incesantemente por Él». La Iglesia que reza, la Iglesia orante. Y cuando nosotros vamos a misa es para hacer esto: hacer Iglesia orante.

La *Plegaria eucarística* pide a Dios reunir a todos sus hijos en la perfección del amor, en unión con el Papa y el obispo, mencionados por su nombre, signo de que celebramos en comunión con la Iglesia universal y con la Iglesia particular. La súplica, como la ofrenda, es presentada a Dios por todos los miembros de la Iglesia, vivos y difuntos, en espera de la beata esperanza para compartir la herencia eterna del cielo, con la Virgen María (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1369-1371).

Nada ni nadie es olvidado en la Ple-garia eucarística, sino que cada cosa es reconducida a Dios, como recuerda la doxología que la concluye. Nadie es olvidado. Y si tengo alguna persona, parientes, amigos, que están en necesidad o han pasado de este mundo al otro, puedo nombrarlos en ese momento, interiormente y en silencio o pedir que el nombre sea dicho. «Padre, ¿cuánto debo pagar para que mi nombre se diga en ese momento?». «Nada». ¿Entendido esto? ¡Nada! La misa no se paga. La misa es el sacrificio de Cristo, que es gratuito. La re-dención es gratuita. Si tú quieres hacer una ofrenda, hazla, pero no se paga. Esto es importante entenderlo.

Esta fórmula codificada de oración, tal vez podemos sentirla un poco le-

jana —es cierto, es una fórmula anti-gua— pero, si comprendemos bien el significado, entonces seguramente participaremos mejor. Esta, de hecho, expresa todo lo que cumplimos en la celebración eucarística; y además nos enseña a cultivar tres actitudes que no deberían nunca faltar en los discípulos de Jesús. Las tres actitudes: primera, aprender a «dar gracias, siempre y en todo lugar» y no solo en ciertas oca-siones, cuando todo va bien; segunda, hacer de nuestra vida un don de amor, libre y gratuito; tercera, construir una concreta comunión, en la Iglesia y con todos. Por lo tanto, esta oración central de la misa nos educa, poco a poco, en hacer de toda nuestra vida una «Eucaristía», es decir, una acción de gracias.

PAPA FRANCISCO

Miércoles 7 de marzo de 2018

SUPLEMENTO AL MISAL ROMANO con el Propio de los santos que se celebran en Cataluña o en alguna de sus diócesis

La Conferencia Episcopal Española ha publicado recientemente en su colección *Libros Litúrgicos* el suplemento al Misal Romano con los textos propios de los santos de Cataluña. Esta edición complementa la 3ª edición del Misal Romano que se publicó en 2016 y que entró en vigor en 2017. Faltaban, sin embargo, los textos propios del calendario litúrgico de cada diócesis. En este suplemento, pues, encontraremos las memorias (libres u obligatorias), fiestas y solemnidades, con los textos propios correspondientes al misal: en la mayoría la oración colecta, pero en algunas también la oración sobre las ofrendas, la de poscomunión, en algunas fiestas y solemnidades el prefacio, las antífonas de entrada y de comunión, e incluso en algún caso la bendición solemne. Este suplemento ha sido elaborado por la Comisión Interdiocesana de Liturgia de la Conferencia Episcopal Tarraconense y su edición ha sido asumida por la Conferencia Episcopal Española. Es, pues, un instrumento indispensable para celebrar la Eucaristía en castellano en Cataluña, que puede adquirirse en las librerías religiosas. Recordemos que el CPL tiene publicado un dossier (núm. 119) con los textos en catalán y en castellano de los propios de las solemnidades y fiestas (en este caso no están las memorias) de las diócesis catalanas, no solo los textos del misal, sino también los del leccionario.

LA JORNADA MUNDIAL DEL MIGRANTE SERÁ EL ÚLTIMO DOMINGO DE SEPTIEMBRE

A petición de varias Conferencias Episcopales, el papa Francisco transfirió la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado al último domingo de septiembre. La próxima Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, pues, se celebrará el domingo 29 de septiembre de 2019.

Benedicto XV instituyó el Día del Migrante

La celebración de esta Jornada tiene su origen en 1914, pocos meses antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, cuando el papa Pío X, conmovido por el drama de millones de italianos que habían emigrado al extranjero desde principios de siglo, llamó a todos los cristianos a orar por los migrantes. Unos meses más tarde, su sucesor, el papa Benedicto XV, instituyó el «Día del Migrante» para apoyar espiritual y económicamente las obras pastorales que estaban interesadas en ayudar a los emigrantes italianos.

Juan Pablo II inició el Mensaje para este Día

En 1952, el Día del Migrante adquirió una connotación más amplia e internacional y las Iglesias particulares fueron llamadas a elegir una fecha para celebrar este Día durante el año litúrgico. El papa Juan Pablo II fue el primer Pontífice que, desde 1985, ha dirigido un Mensaje específico para aliviar la difícil realidad de la migración y a la obra de la Iglesia en este ámbito.



Jornada del Migrante y también del Refugiado

En 2004, el Consejo Pontificio para la Pastoral de los Migrantes e Itinerantes extendió la Jornada también a los Refugiados y, de nuevo por el deseo del papa Juan Pablo II, desde 2005, la Iglesia Universal celebra el Día Mundial del Migrante y del Refugiado, el segundo domingo después de la Epifanía.

El papa Francisco transfiere la Jornada a septiembre

Finalmente, durante la celebración de la 104 Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, el domingo 14 de enero de 2018, el papa Francisco, al final de la oración del Ángelus en la Plaza de San Pedro, anunció la nueva fecha de celebración: «A partir de ahora, por razones pastorales –señaló el Pontífice– la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado se celebrará el último domingo de septiembre. El próximo, el 105, será el domingo 29 de septiembre de 2019».

EUCARISTÍA CELEBRADA Y ADORADA

Estamos en plena Pascua, tiempo de vida y resurrección. Cristo ha resucitado y los cristianos vivimos la alegría pascual de la resurrección. De toda la vida sacramental que la Iglesia celebra, la Eucaristía es el sacramento más grande, «el centro de la vida cristiana» porque en él se hace presente el propio Cristo muerto y resucitado, que, de forma sacramental y real, sigue entre nosotros, en su Iglesia. El misterio de la última cena, que celebramos el Jueves Santo, por voluntad suya, seguimos celebrándolo, sacramentalmente, en nuestras eucaristías: «Haced esto en mi memoria».

Jesús instituyó la Eucaristía para ser celebrada y participada. Posteriormente, desde los primeros siglos, los cristianos también la reservaron para los enfermos que no podían asistir a la celebración. Era una reserva muy sagrada en el *conditorium*, en la sacristía, para los casos de necesidad. En la época medieval nació la adoración a la Eucaristía fuera de la misa, hecho que se potenció con motivo de la Contrarreforma, dando una gran importancia al sagrario, colocándolo en el centro del altar o del retablo, cubierto con el «cono»peo». También surgieron las «torres eucarísticas» y custodias para exponer la sagrada forma. Se incrementaron las fiestas eucarísticas, sobre todo del Corpus Christi, con procesiones públicas. Fue en la época barroca, cuando se desarrolló mucho la devoción eucarística: adoración nocturna, perpetua, cuarenta horas, representaciones sacras... Los fieles tenían devoción a la Eucaristía, acudían a la adoración del Santísimo, y a veces, incluso comulgaban del sagrario y no del altar.

La doctrina del Vaticano II quiso devolver la Eucaristía a su lugar, como «centro de la vida cristiana». El capítulo II de la *Sacrosanctum Concilium*, habla de la Eucaristía como «sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad» (SC 47), y nos pide que participemos «conscientes, piadosa y activamente» (SC 48), tanto en la mesa de la Palabra como en el banquete eucarístico, dos partes «íntimamente unidas en un solo acto de culto» (SC 56). La lengua vernácula también ayudó mucho a una mejor participación y vivencia de la misa. Al potenciar la celebración eucarística, quedó algo olvidado el culto de adoración y devoción fuera de la misa, el Concilio ni siquiera habla de ello, pero posteriormente se recuperó, incluso con un ritual propio. Actualmente, el culto a la Eucaristía fuera de la misa se está potenciando tanto que a menudo se olvida lo principal: que sin celebración de la misa no hay Eucaristía. No fuera caso que volviéramos a la época medieval, cuando nació este devocionismo, fruto de la precariedad litúrgica. Nunca puede tener más importancia la fiesta de Corpus que la de Pascua, la adoración que la celebración. No podemos adorar si antes no hemos celebrado la Eucaristía. La adoración es consecuencia de la celebración. La participación activa y la comunión sacramental son objetivos básicos de la renovación litúrgica. La devoción y adoración eucarística fuera de la misa tiene su lugar para los fieles, pero el centro de la vida cristiana es la celebración eucarística.

XAVIER PARÉS

(Publicado en el número 2067 de Catalunya
Cristiana, del 5 de mayo de 2019)

Llamados a ser santos y santas

Por Bernabé Dalmau, a partir de la exhortación apostólica «Gaudete et exsultate» del papa Francisco

La verdadera alegría

El santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor. Sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado. Ser cristianos es «gozo en el Espíritu Santo» (Rom 14,17), porque «al amor de caridad le sigue necesariamente el gozo, pues todo amante se goza en la unión con el amado [...] De ahí que la consecuencia de la caridad sea el gozo». Hemos recibido la hermosura de su Palabra y la abrazamos «en medio de una gran tribulación, con la alegría del Espíritu Santo» (1Te 1,6). Si dejamos que el Señor nos saque de nuestro caparazón y nos cambie la vida, podremos hacer realidad lo que pedía san Pablo: «Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos» (Flp 4,4).

Hay momentos duros, tiempos de cruz, pero nada puede destruir la alegría sobrenatural, que «se adapta y se transforma, y siempre permanece al menos como un brote de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo». Es una seguridad interior, una serenidad esperanzada que brinda una satisfacción espiritual incomprensible para los parámetros mundanos.

Ordinariamente la alegría cristiana está acompañada del sentido del

humor, tan destacado, por ejemplo, en santo Tomás Moro, en san Vicente de Paúl o en san Felipe Neri. El mal humor no es un signo de santidad: «Aparta de tu corazón la tristeza» (Qoh 11,10). Es tanto lo que recibimos del Señor, «para que lo disfrutemos» (1Tim 6,17), que a veces la tristeza tiene que ver con la ingratitud, con estar tan encerrado en sí mismo que uno se vuelve incapaz de reconocer los regalos de Dios (*Gaudete et exsultate* 122, 125, 126).



«Un santo triste es un triste santo», dice el refrán. De ahí que uno de los componentes esenciales de la santidad es la alegría. Este júbilo no significa abstracción de la cruz. El mundo necesita que, en medio de tanta falta de sentido de vivir, los cristianos le aportemos la alegría de nuestra gratitud al Señor por todo lo que recibimos. Los títulos de los principales textos del papa Francisco nos hablan de ello: *Evangelii gaudium*, *Amoris laetitia* y este *Gaudete et exsultate*.

CULTIVADORES DE SUEÑOS

Ante los muchos problemas de nuestro tiempo –los de nuestra sociedad, y los que afectan a los países más empobrecidos, presentes también en los corazones más sensibles– solemos estar tentados a buscar una respuesta mirando hacia atrás. Pero la vida no se entretiene en el «ayer». El mundo va adelante y, aunque con altibajos, progresa.

Estudiando la historia de la evolución de la especie, constatamos que no sobrevive el más fuerte, sino el que mejor se adapta, el que es más flexible, el que consigue cambiar. Basta mirar a los árboles: ante la furia del viento el árbol que resiste es el que es capaz de doblarse; el que es rígido, o se rompe o se arranca de raíz...

Del mismo modo, en la vida, tanto la corporal como la espiritual, se asumen valores humanos y divinos en la medida en que estemos dispuestos a buscar la novedad, a arriesgar, a osar aventuras que parecerían humanamente imposibles.

La Palabra de Dios es viva, dinámica y abierta a la absoluta novedad de un futuro que exige inventiva, fantasía y valor, como afirma el papa Francisco: «La Palabra de Dios no puede ser conservada en naftalina como una vieja manta que hay que proteger contra la polilla. ¡No! La Palabra de Dios es una realidad dinámica, siempre viva, que progresa y crece porque se abre a un cumplimiento que los hombres no pueden detener».

Quien mira solo al pasado, renuncia a ver la obra de Dios en la historia. Hace arqueología, pero no da lugar al impetuoso viento del Espíritu que crea continuamente realidades nuevas, soplando como quiere y donde quiere... Demuestra no creer en la promesa de Cristo: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20).

Mientras el antiguo profeta describe al precursor del Mesías como aquel que «convertirá el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres» (Ml 3,24), el evangelista afirma que el precursor convertirá «los corazones de los padres hacia los hijos» (Lc 1,17). ¡Y no viceversa! Y el mensaje es muy bello: los hijos vienen al mundo trayendo los sueños siempre nuevos del Creador. Vienen con una misión precisa: renovar la faz de la tierra. Tristemente, muchos de ellos, al envejecer, dejarán diluirse el sueño, perderán el entusiasmo, y aguarán el vino... Pero Dios les dará hijos y nietos para volverles de nuevo a la niñez, para ayudarles a soñar un futuro mejor y convertirlos... De ahí la primera frase de Jesús en público en el relato de Marcos: «Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,15).

Hombres de primavera, incansables cultivadores de sueños, que miran adelante, hacia lo alto, llenos de esperanza: es el retrato que el papa Francisco quiere para el cristiano. Pues, ¡a ello!

LINO EMILIO DÍEZ VALLADARES

Centre de Pastoral Litúrgica

☎ Nàpols 346, 1 - 08025 Barcelona

☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es

wa 619 741 047

Director de la publicación: Xavier Aymerich

Año LI

Subscripción anual: 80,50 €

Precio de cada ejemplar: 5,00 €

Imprenta: Agpograf

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975

RECEMOS CON FRANCISCO DE ASÍS: POR LA CREACIÓN, CON LOS POBRES, POR LA PAZ



Por la creación,

Música (HAYDN, *La creación*) Adán y Eva cantan:

*De tu bondad, Oh Señor y Dios, están la tierra
y el cielo colmados. El mundo tan grande, tan
maravilloso, es obra de tus manos.*



Las músicas sugeridas pueden encontrarse en internet fácilmente. Incluimos el enlace QR a una de las múltiples versiones existentes.

Silencio

Lectura del Génesis 1,1–2,3

Cántico de las criaturas (a dos coros)

Alabado seas, mi Señor, en todas tus criaturas,
especialmente en el Señor hermano sol,
por quien nos das el día y nos iluminas.
Y es bello y radiante con gran esplendor,
de ti, Altísimo, lleva significación.

Alabado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas,
en el cielo las formaste claras y preciosas y bellas.



Alabado seas, mi Señor, por el hermano viento
y por el aire y la nube y el cielo sereno y todo tiempo,
por todos ellos a tus criaturas das sustento.

Alabado seas, mi Señor por la hermana agua,
la cual es muy humilde, preciosa y casta.

Alabado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el cual iluminas la noche,
y es bello y alegre y vigoroso y fuerte.

Alabado seas, mi Señor, por la hermana nuestra madre tierra,
la cual nos sostiene y gobierna y produce diversos frutos
con coloridas flores y hierbas.

Alabado seas, mi Señor,
por aquellos que perdonan por tu amor,
y sufren enfermedad y tribulación;
bienaventurados los que las sufran en paz,
porque de ti, Altísimo, coronados serán.

Canto (de pie)

Todos cantamos a ti, Señor: Aleluya.

1. Todos los pueblos alaben tu nombre, el nombre del Señor,
porque tu amor a los hombres es fuerte: por siempre fiel es Dios.
2. Gloria a Dios Padre que está en el cielo y a Cristo, el Señor,
gloria al Espíritu que vive en nosotros: la gloria a nuestro Dios.

con los pobres,

Música (PÄRT, *Spiegel im Spiegel*)

Silencio

¿Qué significa el trabajo «decente»? (todos juntos)



¿Qué es el trabajo decente?

Significa un trabajo que, en cualquier sociedad,
sea expresión de la dignidad esencial
de todo hombre o mujer:

un trabajo libremente elegido,

que asocie efectivamente a los trabajadores, hombres y mujeres,
al desarrollo de su comunidad;

un trabajo que, de este modo, haga que los trabajadores sean
respetados,

evitando toda discriminación;

un trabajo que permita satisfacer

las necesidades de las familias

y escolarizar a los hijos sin que se vean obligados a trabajar;

un trabajo que consienta a los trabajadores organizarse

libremente y hacer oír su voz;

un trabajo que deje espacio para reencontrarse adecuadamente

con las propias raíces en el ámbito personal, familiar y espiritual;

un trabajo que asegure una condición digna a los trabajadores

que llegan a la jubilación.

BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate* 63

Testimonio (alguien de la comunidad)

Lectura del evangelio de Mateo (11,25-30)

Canto (de pie)

Oh pobreza, fuente de riqueza.

Señor, siémbmanos alma de pobre.

por la paz



Música («Ave María», *La ruta de Oriente*, J. Savall)

Silencio

Lectura del evangelio de Lucas (6,27-36)

Haz de mí un instrumento de tu paz (a dos coros)

¡Señor, haz de mí un instrumento de tu paz!

Que allí donde haya odio, ponga yo amor;
donde haya ofensa, ponga yo perdón;
donde haya discordia, ponga yo unión;
donde haya error, ponga yo verdad;
donde haya duda, ponga yo fe;
donde haya desesperación, ponga yo esperanza;
donde haya tinieblas, ponga yo luz;
donde haya tristeza, ponga yo alegría.

¡Oh, Maestro!, que no busque yo tanto
ser consolado como consolar;
ser comprendido, como comprender;
ser amado, como amar.

Porque dando es como se recibe;
olvidando, como se encuentra;
perdonando, como se es perdonado;
muriendo, como se resucita a la vida eterna.

Padrenuestro (cantado, de pie)

